

Misión Cumplida

Amanecía un día en apariencia normal, como cualquier otra fría jornada de trabajo en el cuartel en los albores del invierno, el cielo se distinguía por tener una estructura imprecisa, era de un difuso color gris blanquecino en el que soplaban un viento fresco lo que contribuía más a provocar una cierta impresión de desconsuelo. La habitación y en concreto su cama, habían sido testigos de la larga noche vivida en vigilia. Él, hacía un tiempo se estaba mentalizando para cuando llegara el momento, pero ese instante se había presentado a pesar de no ser muy bien recibido.

Mientras tomaba una ducha templada sentía una contradicción en sus emociones, por un lado, estaba algo cansado de tanto trajín, pero por otro, su trabajo era su vida, amaba su profesión, la había mimado y mamado desde pequeño cuando su padre que fue Sargento miliciano en la Guerra Civil encuadrado en la 10ª Brigada Mixta del General Valentín González llamado "El Campesino", le contaba con vehemencia historias de sus hazañas en la batalla de Teruel en el Frente del Ebro.

Durante el tiempo que ingería el frugal desayuno, apenas un café y una tostada, su gata Luna con la mirada paciente y entornada, asistía como testigo preferente de sus reflexiones. El felino era lo único que le quedaba como recuerdo vivo de Elisa, su esposa. Había sentido el zarpazo del dolor por la enfermedad de su cónyuge que, cinco años antes, un cáncer terminal acabó con su vida y casi con la suya por el gran vacío que le dejó. Aun recordaba la sonrisa de su mujer acariciando suavemente a la gatita siendo cachorro cuando se la regaló aquellas Navidades. El no haber tenido hijos, hacía que ella volcara, aún más si cabe, su amor maternal hacia el animalito.

El feliz matrimonio había soñado mil veces con realizar viajes cuando él ya no estuviera en activo y sobre todo, volver a su pueblo de la provincia de Jaén donde restaurarían la casa de sus padres y pasarían largas temporadas en la apacible y sosegada vida que proporciona el medio rural.

Una vez recogida la cocina y depositado pienso en el comedero del animal, se dirigió al armario, sacó con parsimonia el uniforme de paseo de la Legión con las tres estrellas de Capitán, a ello le unió la camisa y los guantes blancos junto con la corbata negra, pues así lo requería reglamentariamente el hecho de que iba a despedirse de sus Mandos con ocasión de su pase a la Reserva.

Miró su reloj y estimó que era muy temprano, el personal destinado en el Acuartelamiento donde se ubicaba el Tercio comenzaba a incorporarse como tantas otras mañanas y él, por ser su último día operativo, no tenía que asistir por obligación a la formación del izado de la Enseña Nacional y la posterior hora de educación física; era consciente de que el Coronel y el Jefe de la Bandera no estarían en sus despachos durante ese periodo, pues gustaban de cumplir a rajatabla el horario de instrucción y salir a paso ligero al frente de la Fuerza.

Sentado en el lecho, quedó observando la guerrera depositada encima de la colcha y sus ojos, oscuros como simas llenos de determinación y fuerza, se recrearon en los numerosos pasadores de las condecoraciones pinchadas en el pecho, allí se encontraban representados los tres de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo consecuencia de sus cuarenta años de vida militar y su intachable conducta. ¡Qué barbaridad, cómo pasa el tiempo! pensó, no pudo evitar que los recuerdos aflorasen, recordaba con meridiana claridad aquella tarde de 1973 en la que, como recluta voluntario, se puso el Chapiri en su rapada cabeza y calzó con toda ilusión por primera vez las botas de tres hebillas marca "Segarra". Qué añoranzas le traían el tiempo vivido dos años después cuando siendo Cabo de Escuadra de Ametralladora Ligera en el 3ª Tercio patrullaba en el todo terreno Land Rover pintado de color garbanzo y provisto con filtros de aceite para la arena, por las lejanas y desérticas tierras del Sahara con el Frente Polisario de actor principal en los prolegómenos de la Marcha Verde marroquí.

Después, con el paso de los años, fue acumulando barras negras de permanencia colgadas del emblema legionario que con tanto alarde portaba y tras los cursos académicos correspondientes, vinieron los ascensos a los distintos empleos de Suboficial y con posterioridad de Oficial. Nadie le había regalado nada, *"todo en la vida se consigue a base de esfuerzo"*, le decía su viejo padre en repetidas ocasiones.

El Capitán Rogelio Hidalgo, de constitución curtida, porte correoso y con la gallardía propia de un buen infante, era un hombre que sus compañeros gustaban llamarle "con oficio" y no de una manera eufemística "profesional". En algunas tertulias, con un vaso de leche de pantera en la mano, le afirmaban que un profesional es desde el momento que te haces militar, en cambio, "con oficio", implica algo más como la experiencia, el anticiparse a la situación, el dominio del escenario por complicado que este sea, en fin, un plus que te va curtiendo y forjando el carácter a base de los trienios atesorados.

Esta aseveración la corroboraba varias Cruces del Mérito Militar que también figuraban en su guerrera, algunas de ellas, fruto de sus participaciones en Misiones Internacionales. Su imaginación se vio inmersa en el conflicto de la antigua Yugoslavia en la guerra de los Balcanes en la que participó como componente de la Agrupación Táctica Málaga a finales de 1992 en donde, al contingente español, le encomendaron una de las tareas más duras de las fuerzas internacionales allí desplegadas, mantener abierta la arteria natural señalada por la ruta del río Neretva, indiscutible para la circulación de los convoyes que iban a Mostar y Sarajevo desde las costas croatas.

El entonces Sargento 1º Hidalgo, al mando de su pelotón embarcado en su protector vehículo Blindado Medio de Ruedas, realizó largos meses de duro trabajo contribuyendo a convertir la que hasta ese momento se había denominado "ruta de la muerte" en "ruta de la vida o de los españoles". Sólo los que pasaron por esta Zona de Operaciones pueden valorar el esfuerzo de nuestros soldados para mantener la posibilidad de supervivencia para miles de seres humanos entre voladuras, nieves, minas,

obstáculos y docenas de puntos de control o “*check point*” de esta o aquella milicia, que obligaban en ocasiones a dilatadas discusiones en las que se mezclaban el especial talante del Sargento 1º, un trago de su bota de vino y la amenaza de la boca de fuego de las armas portadas en su vehículo que permitían resolver los parones y cumplir la misión.

Tiempo después y difícil de olvidar, fue su intervención en Irak. A pesar de que todos los teatros de operaciones tienen cosas en común, no guardaba en su “*disco duro*” el mismo sentimiento de plenitud como en los otros que había participado. Dentro de la Brigada Plus Ultra en la que estuvo integrado, realizó labores de seguridad, reconstrucción y desarrollo de proyectos de ayuda humanitaria para la población que habitaba el área de su responsabilidad, además, efectuó patrullas, a las que en ocasiones se incorpora la policía local, montaba controles aleatorios de carreteras y escoltaba convoyes.

Todo discurría con relativa calma dentro de los contratiempos propios de una zona en conflicto bélico hasta que el ejército del Mahdi, la milicia del clérigo chií Muqtada Al Sadr, tomó el control de las ciudades, momento en que los legionarios pasaron a estar bajo permanente fuego de hostigamiento y las patrullas sufrían emboscadas en su quehacer diario por las inmediaciones de Nayaf y Diwaniya hasta la orden de repliegue de aquel país, en la primavera del 2004, que las tropas españolas ejecutaron con una disciplinada y ejemplar diligencia.

Absorto en la nostalgia, ahora su mente errática le proyectaba a miles de kilómetros de allí, a un lugar inhóspito e indómito llamado Afganistán en donde, en los últimos años, había estado dos veces en distintas Agrupaciones de la Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad (ISAF). Todavía le venía a la boca el sabor y el regusto impregnado en el paladar del azufre de la pólvora mezclado con el seco polvo del terreno cuando, la fuerza que dirigía, iniciaba fuego parapetada tras los generosos muros de defensa que proporcionaban los contenedores llenos de tierra “Hesco” contra los grupos de talibanes que se atrevían a disparar con lanzagranadas RPG, morteros o fusiles, un día sí y otro no, la Posición Avanzada de Combate (COP) situada a caballo de la temida y vital “Ruta Lithium” que el Capitán Rogelio mandaba con acierto. Fiel cumplidor de los doce espíritus que forman el Credo Legionario, en especial los dos de Acudir al Fuego y el de Combate, él, siempre daba ejemplo con notable serenidad y era el primero en desplegar sobre los pozos de tirador para dirigir personalmente las descargas de respuesta contra los insurgentes, sus hombres veían en su liderazgo ese aplomo y confianza que sólo un buen Mando sabe impulsar.

Los subordinados, que le conocían bien, apreciaban que continuamente se interesaba por sus problemas personales y familiares, siempre se ponía a su nivel como persona, dialogaba con ellos a pesar de la diferencia de años, los trataba como verdaderos camaradas, dentro y fuera del cuartel, enseñándoles con educación el sitio que a cada uno le correspondía en el trabajo, demostrándoles que se puede ser jefe

y amigo a la vez sin que se produzca una merma en la disciplina. Sabía que, a la larga, esa forma de actuar acorde con los espíritus de Compañerismo y Amistad sólo le traerían consecuencias positivas.

En realidad el Capitán Hidalgo se consideraba un afortunado, trabajaba en lo que le gustaba, era su vocación y además le pagaban por ello, que más podía pedir. Vestía con sentimiento y orgullo el verde uniforme, creía firmemente que pertenecía a la mejor unidad militar con alma de España, hablaba bien de la Legión siempre que podía, difundía su patrimonio y explicaba a los que le escuchaban que los legionarios eran únicos, nadie como ellos, creía en lo que hacía, que no era otra cosa que servir a la Patria acudiendo a su llamada cuando le necesitara.

Su lema particular siempre era el mismo, se lo repetía una y otra vez a su tropa: “en la vida hay que tener las tres P: (*prudencia, paciencia y perseverancia*), son la clave del éxito en cualquier faceta de nuestra existencia, personal y profesionalmente hablando”.

Entretanto le asaltaban estas memorias, buscó en el cajón de la cómoda el betún para aplicárselo a sus zapatos, gustaba de abrillantar el calzado, siempre con la misma liturgia, como le había inculcado aquel buen instructor cuando era un recién llegado a la milicia. Entre pasada y pasada del cepillo por los relucientes zapatos, se fijó casi sin querer en el pasador de la medalla de UNIFIL. Formó parte de la fuerza española desplegada en el sur del Líbano en la Operación Libre Hidalgo que arrancó, por mandato de las Naciones Unidas, tras la Guerra entre el grupo terrorista Hizbolá e Israel en el 2006. Su puesto, en el organigrama de los cascos azules, lo desarrolló como Oficial del Destacamento de Enlace y uno de sus quehaceres cotidianos era escoltar al personal que precisara salir y entrar del país del cedro llevándolos por sus pésimas carreteras desde la Base Miguel de Cervantes en Marjayoun al aeropuerto de Beirut o viceversa.

Pensaba en los miles de kilómetros realizados, casi todos de madrugada por motivos de seguridad, a través de la zona comprendida entre la frontera con Israel denominada “Blue Line” (línea azul) y el río Litani que se encontraba repleta de minas, bombas de racimo y artefactos sin desactivar después del conflicto, cuando transportaba a algún miembro del contingente para que pudiera llegar a tiempo de subir al primer avión de la mañana que le trasladara a España por diversos motivos, por ejemplo estar presente en el entierro de algún familiar directo fallecido ó para algo más alegre como asistir al nacimiento de su hijo.

El Oficial se recompuso del trance y de nuevo en su habitación, a través de la ventana percibía el lento despertar de la ciudad, los ruidos propios del arranque de un nuevo día se dejaban escuchar y los primeros rayos de luz se colaban entre los visillos, era el momento de iniciar el trámite de vestirse con entereza y sentido del deber.

Cuando se abrochaba los botones de la camisa y anudaba la corbata frente al espejo, recapacitaba en lo que iba a acontecer en las próximas horas. Había vivido muchas despedidas de compañeros en los diferentes Tercios como el del Gran Capitán de Melilla donde había servido, pero no era igual, en aquellas sólo era un espectador, en esta iba a ser la figura central, era su adiós y sentía que ahora le tocaba abandonar la acogedora disciplina militar que le proporcionaba seguridad pues le jalonaba cómo actuar en todos los actos de su existencia, se iniciaba la época de progresar por sí solo sin el respaldo de un camarada junto a él.

Comprendía que dejar la Legión era uno de los cambios más importantes en su carrera, ello supondría una transición radical de una etapa fundamentalmente activa, a un estilo de vida con más tiempo libre que le obligaría a saberlo gestionar. Ante estos sentimientos de vacío, debía sobreponerse y mantener una actitud positiva, sentirse bien consigo mismo, era tiempo de descargarse de responsabilidades. Tendría que enfocar los problemas sin prisas, tomar las cosas como vienen y afrontarlas de forma serena, barruntando para sus adentros que le convenía ser positivo y aprender a envejecer con salud y alegría pues ello supondría un proceso natural y un privilegio. Socializando y profundizando más en estas conjeturas, le cabría decir que el tiempo pasa para todos, pero no borra los recuerdos. Al fin y a cabo, qué era el tiempo sino una secuencia de instantes y que la vida es un libro en el que puedes leer pasados muchos años, sólo había que dejar que todo reposara.

Por otra parte, no dejaba de acordarse de Elisa, su todavía querida mujer. Que contenta estaría ese día en el que iniciarían una nueva etapa, por ella estaba obligado a cumplir lo prometido y trasladarse a vivir a su pueblo, no se perdonaría el incumplimiento del sueño en común y dedicarle ese último deseo, aún a sabiendas que marcharse lejos de la ciudad le impediría mantener contacto con algunos compañeros de armas o participar en las actividades de la Hermandad de la Legión o Veteranos, como era su intención.

Salió del portal de su casa y quiso dirigirse andando al cuartel ya que vivía a no mucha distancia, le vendría bien un pequeño paseo. Pensó ensimismado en las palabras a modo de agradecimiento que tendría que dirigir ante su Coronel y resto de legionarios, mandos y tropa, en la copa de vino de su despedida.

Las manecillas del reloj seguían su curso, desde que se levantó esa mañana, apenas un par de horas antes, haber chequeado su vida le había dado la clave de las ideas a utilizar con un lenguaje poco alambicado y rebuscado, manejaría como mensaje central de su corto discurso algo que destilara afecto y dejara entrever cual era su criterio. Como aficionado a la Fiesta Nacional, le vino al pensamiento cierta frase de un crítico en el arte de cúchares que leyó una vez, el cual, afirmaba que *“lo verdaderamente peligroso para un torero era salir a hombros de una plaza, incluso más que enfrentarse a un toro de Miura”*.

El entendido de la tauromaquia añadía: *“cuando termina la faena, es mejor saludar desde el tercio, recibir la ovación del público y retirarse prudentemente”*.

El Capitán Rogelio citaría a la concurrencia este símil taurino y añadiría para terminar su alocución: *“Este que les habla, es consciente que no ha sido ningún prodigio militar, ni un hombre carismático que suelen ser inquietantes porque siempre desbordan por algún lado, simplemente (como tantos otros buenos compañeros) me considero un humilde y corriente Oficial, que le gustaría que le recordasen como que fue útil a la Legión, al Ejército y a España, hizo bien su trabajo, saludó desde el tercio y se retiró discretamente”*.

Era justo lo que necesitaba, con sólo una frase dejaba patente su forma de sentir y hacer las cosas, reflejaba a la perfección que marchaba con la satisfacción del deber cumplido, porque en definitiva, eso es lo que cuenta (más que las medallas), el hallarse tranquilo con uno mismo y abrigar el íntimo orgullo de haber sido válido allá donde estuvo destinado.

A pesar de estar acostumbrado al vertiginoso ritmo de desfile de ciento sesenta pasos por minuto, en esta ocasión no tenía prisa, deseaba alargar lo máximo posible este trámite, caminaba con un pausado y seguro paso calmo, reflexionaba sobre lo difícil que resultaba dar respuesta a todas las interrogantes que revoloteaban sobre su cabeza, pero podía decir sinceramente que, en aquel preciso momento, apreciaba una emoción que nunca había tenido, sentía el cariño de su amada esposa que se posaba sosegadamente en su corazón y elevaba su ánimo, percibía que una mano cálida, sensual e invisible le acariciaba con cariño y le conducía hacia ella como aquella gata recién nacida.

Al entrar por la puerta principal del Acuartelamiento, un joven y recién incorporado Sargento legionario provisto de un impecable corraje de cuero negro, como corresponde al Comandante de la Guardia, mandaba firmes a los que allí estaban de servicio, le saludaba marcialmente con un sonoro taconazo y un ¡¡*A sus órdenes mi Capitán, sin novedad en la Guardia!*

Hidalgo respondió con energía al saludo del Suboficial y, de pronto, le invadió la sensación de que su vida había valido la pena, se sintió importante y tuvo conciencia de haber sido partícipe de parte de la historia reciente de la Legión, experimentó una exquisita paz interior difícil de describir, sonrió levemente, respiró hondo, alzó sus ojos al cielo y masculló entre dientes:

El futuro avanza, el pasado retrocede

¡ Misión Cumplida !